

Una mirada desde el internado rural de medicina “El Quisco”: inundaciones, salud pública y cambio climático.

Internos: Ricardo Pérez Canobra | Roberto Calderón Olivares

Al leer la carta, nuestra impresión es que, aunque Chile ha ido fortaleciendo su capacidad de respuesta frente a las inundaciones, todavía existe una tendencia a actuar de manera reactiva más que preventiva. Da la sensación de que muchas de las medidas importantes se implementan solo cuando ya se anunció un sistema frontal o cuando el riesgo de inundación es inminente. Un ejemplo que hemos visto de forma reiterada es la limpieza de canales, esteros o cauces de ríos pocos días antes de las lluvias. En sectores como Camino a Melipilla (Ruta 76) es común observar maquinaria retirando basura y despejando los cauces solo cuando ya existe un pronóstico de precipitaciones importantes. Sin embargo, muchas veces ese trabajo resulta insuficiente porque durante meses esos lugares han sido utilizados como basureros, acumulando residuos que finalmente obstruyen el flujo del agua y favorecen las inundaciones. Desde nuestra perspectiva, esto no parece ser un problema exclusivo del gobierno actual, sino una situación que se ha repetido con distintas administraciones. Como ciudadanos no conocemos todas las limitaciones económicas, logísticas o administrativas que pueden existir, por lo que no sería correcto atribuirlo únicamente a una falta de interés. Sin embargo, desde afuera se percibe que todavía falta una planificación más anticipada y permanente, donde las acciones preventivas no dependan solamente de la cercanía de un evento climático, sino que formen parte de un trabajo continuo durante todo el año.

Respecto al rol de la salud comunitaria, creemos que la Atención Primaria de Salud tiene un papel fundamental, ya que es el nivel asistencial que mantiene un contacto más cercano con la población y conoce las necesidades particulares de cada territorio. Su función no solo debería enfocarse en la atención de las personas afectadas una vez ocurrido el desastre, sino también en la educación de la comunidad, la identificación de grupos vulnerables, la promoción de medidas preventivas y la coordinación con otros actores locales antes de que ocurran estas emergencias. Aun así, pensamos que existen aspectos que podrían fortalecerse. Durante nuestro paso por Atención Primaria hemos observado que, en ocasiones, el sistema presenta poca flexibilidad frente a situaciones excepcionales. Recordamos el caso de una paciente que no pudo asistir a su control debido a las intensas lluvias y perdió su hora, debiendo reiniciar todo el proceso para conseguir una nueva atención. Aunque comprendemos que existen protocolos y limitaciones en la organización de la agenda, creemos que frente a emergencias de este tipo deberían existir mecanismos que permitan una mayor adaptación, evitando que las personas más afectadas encuentren nuevas barreras para acceder a la atención de salud.

Respecto al cambio climático y a los desastres naturales que se han vuelto cada vez más frecuentes, creemos que existe una diferencia importante entre la realidad urbana y la rural. Esta reflexión surge principalmente de nuestra propia experiencia durante el internado rural que actualmente realizamos en El Quisco.

Durante el último sistema frontal nos llamó la atención que, al menos desde nuestra percepción, en esta zona la cantidad de lluvia fue considerablemente mayor que la registrada en Santiago. Sin embargo, pese a esa intensidad, los daños que observamos fueron relativamente acotados. Si bien se produjeron algunos socavones y dificultades en ciertos caminos, la situación no pareció alcanzar la magnitud que se mostró en distintos sectores de la capital, donde incluso precipitaciones menores generaron importantes anegamientos, interrupciones del tránsito y problemas para la población. Esto nos lleva a pensar que no solo la cantidad de lluvia determina el impacto de un desastre, sino también la forma en que se ha desarrollado cada territorio. Aunque no somos expertos en geología ni planificación urbana, nos da la impresión de que el crecimiento de Santiago ha ido modificando muchos de los espacios naturales por donde antiguamente circulaba el agua. Es posible que la expansión de la ciudad, junto con la urbanización de sectores que antes permitían un drenaje más natural, haya contribuido a que actualmente pequeñas variaciones en las precipitaciones produzcan consecuencias importantes en algunos lugares.

En contraste, en zonas como El Quisco todavía es posible observar sectores donde estos cursos naturales se mantienen más despejados y existe una menor intervención del territorio. Creemos que esto podría favorecer un mejor escurrimiento del agua y disminuir, al menos en parte, el riesgo de inundaciones en comparación con áreas altamente urbanizadas. Al mismo tiempo, también reconocemos que el mundo rural enfrenta desafíos propios. Muchas localidades cuentan con menor acceso a servicios de salud, presentan mayores dificultades de conectividad y dependen de caminos que pueden quedar aislados cuando ocurren lluvias intensas o deslizamientos de tierra. En esos casos, aunque el impacto urbano pueda ser menor, las consecuencias para las personas pueden ser igualmente importantes debido a la dificultad para acceder a atención médica, medicamentos o ayuda oportuna.

Finalmente, creemos que el cambio climático obliga a replantear la forma en que se planifican tanto las ciudades como los territorios rurales. Más que reaccionar cuando ocurre una emergencia, parece necesario fortalecer las medidas preventivas, proteger los espacios naturales que ayudan al manejo del agua y adaptar los sistemas de salud para responder de manera oportuna a las necesidades específicas de cada comunidad. En nuestra opinión, la prevención, la educación de la población y una planificación territorial a largo plazo probablemente tendrán un impacto mucho mayor que las medidas implementadas solo cuando el desastre ya es inminente.